

## TERCERA PARTE.

### XVI.

#### LO QUE ES EL CORAZON HUMANO.

Es una tarde del mes de Octubre de 1812. Han trascurrido dos años desde aquel día, en que pálido y lloroso hemos visto al joven Fernando de Gomez partir de la pequeña aldea de San Roque, abandonando con todo el pesar de su vida, á Clemencia, para dirigirse á su compañía en San Miguel el Grande.

Y en dos años, que es tan largo tiempo para una ausencia, ¿qué cambios se han verificado en el amor purísimo de ambos jóvenes?

Su fuego debe haber aumentado en intensidad, cuanto mas se ha prolongado tan dolorosa ausencia.

Porque miradlo bien, así es el corazón humano.

Amad mucho, hasta la idolatría á una joven; pero sin que ese amor encuentre obstáculos de ninguna clase, sin que nadie os impida verla, sin que ella misma se vele á vuestra ardiente solitud, amadla así, decimos, y al cabo de poco tiempo tanta fidelidad os llegará á hastiar y vos mismo procurareis crear obstáculos ficticios, que despues de vencidos dejan ver la ilusion.

Pero que os separen de ella un solo momento; que un rival intente arrebatáros la perla que Dios os ha hecho ver en el fondo del mar de la vida, y cuyo valor ya no apreciáis tal vez y entonces vuestro amor, que ya en este caso se parece al "amor propio," se despertará del letargo en que yacia y á precio de vuestra vida comprareis esa perla del alma.

Todo lo que nose posee es hermoso.

Pero desde el instante en que comprendisteis, ya no la seguridad, sino simplemente la posibilidad de alcanzar lo que deseásteis, su posesion os fatigará, y volveis á lanzar la mirada por el inmenso golfo de la existencia, para columbrar y desear objetos mas lejanos y mas vagos todavía.

Ademas, lo que de lejos parecia hermoso, de cerca causa espanto tal vez.

Miradlo en vosotros mismos en la siguiente alegoría.

Figuraos que el mundo es un inmenso mar que vais cruzando en una leve barquilla.

Apenas se ha perdido el eco de vuestro último vagido de niño, cuando abandonais el modesto hogar doméstico por la playa.

Ya vogais en ese mar, el alma rebosando de ilusiones, la imaginacion de deseos, el cuerpo de vida, el corazón de amor, el pensamiento de nobleza.

El cielo está hermoso y despejado: sopla suavísima la brisa en murmullo de música: la mar está tranquila: el oleaje acaricia en blandísimo contacto los costados de vuestra frágil embarcacion; las aves marinas pasan cantando en alegres bandadas.

¿A dónde dirigirse en mar tan sereno?

La vista descubre en lontananza varias islas.

Abordemos, pues, á la mas cercana.

Es la isla del amor.

A medida que á ella nos vamos acercando, llegan á acariciar nuestros oidos los acentos de una música que adormece.

Una beldad nos aguarda en la orilla, que es un jardín.

Con ella realizamos una especie de fantasía ó sueño que se llama "primer amor" y que se parece mucho al amor de nuestra madre, á quien hemos dejado llorosa en la ribera.

Pero este amor solo nos parece hermoso al traves del tiempo.

cuando lo recordamos en medio del mar que amenaza sumergirnos: por consiguiente, pronto nos cansa y buscamos otro mas agitado.

Dejemos á la blanca niña en su hermoso jardin, en medio de sus flores y sus aves.

Penetremos mas en la isla, porque á nuestros oidos han llegado otros sonidos.

Son los infinitos que salen de un festin.

Hemos deseado el amor de las orgías y ya le tenemos.

Un banquete está preparado.

Cubren profusamente la mesa, los vinos mas exquisitos y flores de vivos colores; pero si no estuviésemos tan deslumbrados, podríamos observar que esas flores en vez de tener aquel suave perfume que despedian las que nos daba la niña del jardin, parecen embalsamadas con un aroma artificial.

Muchas mujeres hermosas; pero tambien con esa hermosura que consiste en la languidez de la voluptuosidad, coronan la mesa.

Están cubiertas de pedrerías y no de flores.

Se reclinan muellemente, casi dejando ver á nuestros ardientes ojos lo que tan mal ocultan sus flotantes velos.

Los suyos nos lanzan miradas provocativas.

Ciegos corremos á arrojarnos á sus piés y á hablarles de nuestra fogosa pasion.

Nos confundimos con ellas entre la danza, los brindis y el estrépito del festin.

Pero á poco tiempo sus falsas caricias nos dan vergüenza, la danza nos ha fatigado, el vino nos ha embriagado y salimos de aquel lujoso salon, porque tenemos necesidad de respirar otra atmósfera menos impura.

¡Qué deforme, qué asquerosa nos parece entonces la orgía!

Aquellas mujeres tan seductoras nos causan espanto, porque ya no las decora con sus mil luces la imaginacion.

Hémos ya cansados del amor, porque la niña del jardin cuya inocencia ahora comprendemos, está ya perdida para nosotros.

Y sin embargo, todavía no llegamos á los veinticinco años.

¡Qué hacer?

Lancemos de nuevo la barquilla al mar.

Allá hay otra isla.

Pero tenemos que hacer exajerada fuerza de remos para acercarnos á ella, porque la mar antes tan serena, ha comenzado á hincharse y el oleaje azota con desigual empuje los costados de la frágil embarcacion.

Es la isla de la "gloria."

El que á ella logre abordar, será escuchado y aplaudido por un pueblo entero, le llamarán poeta ó sabio, cubrirán de lauros su frente.

Luchemos, luchemos con la marea.

¡Cuánto esfuerzo!

Por fin, moribundos naufragos ya, pisamos sus arenas.

Mas ¡ay! ¡Dios mio! los aplausos del pueblo forman un irónico contraste con nuestra amargura interior, la corona de laurel lastima nuestra frente; dariamos todo ese nombre y esa gloria de poeta, por tornar á la ribera natal á ver á nuestra affligida madre, á quien tal vez ya no encontraremos, porque la amargura de nuestra ausencia la habrá hecho morir.

Es que todo puede abandonar el hombre, hasta sus remordimientos; pero nunca sus recuerdos.

¿Entónces, donde hallar la calma, si no la felicidad?

¡Pobres desdichados! ¿por qué dejamos á un lado sin concederle ni una mirada, aquella isla modesta, en donde solo hay un templo para orar, á la cual se llega por un mar tranquilo y al otro lado de la cual está la eterna felicidad?

¿Por qué no encaminarnos desde temprano á la isla de la virtud?

Allí tambien hay placeres; pero placeres inocentes: allí están la tranquilidad y la santa dulzura de la existencia.

Tal es la vida, una cadena de deseos que son tormentos despues de satisfechos.

El amor, los placeres ó la gloria y hasta lo último la virtud.

Esto habia sucedido con Fernando.

Salió de su aldea que era su mundo, llorando por Clemencia. Muchas veces al coménzar el viaje, volvió su rostro inundado de lágrimas para tratar de descubrir la pintoresca habitacion del

doctor entre el caserío y los árboles; pero esta ya había desaparecido y el joven siguió corriendo.

Al cabo de seis horas de camino, el viento oreó sus lágrimas y ya no volvió á derramarlas con tanta abundancia; pero no se pudo consolar todavía.

Mientras corría, pensó que acaso muy pronto volvería á ver á Clemencia para no separarse de ella mas y este pensamiento templó un tanto la amargura de su dolor.

En el primer meson donde durmió puso un propio á San Roque, que condujo la siguiente pequeña carta, bajo el sobre de su padre, á quien decia poco mas ó menos lo mismo con respecto al viaje; pero nada indudablemente respecto á recuerdos y pasiones.

#### A CLEMENCIA:

Clemencia mia.—Me encuentro en este momento á veinte leguas de tí; pero mi corazón aún permanece á tu lado.

No puedo olvidarte un solo instante.

En cada casita á que me acerco se me figura que voy á verte aparecer.

Muchos impulsos he sentido de volver la rienda á mi caballo, para llegar á San Roque y decirte, "te amo mi Clemencia mas que á mi vida," jamás te olvidaré, besar tu mano de rodillas, aunque despues tenga que partir inmediatamente.

Pero ya ves que el deber me arranca de lo que yo no desearia dejar de ver.

No te olvides de escribirme y llora, llora y espera como yo.

#### FERNANDO.

Debemos añadir, que el joven no se olvidó de incluir en la carta de su padre otra para Gil Gomez, á quien suponía triste, pero inerte en San Roque.

Como hemos visto, no era así precisamente, y si Fernando no fué alcanzado al segundo dia por Gil Gomez, que corría como un desesperado, fué porque se desvió un poco del camino real y el futuro insurgente le dejó atrás muy pronto.

Como éste habia pensado habia sucedido.

Mucho antes de llegar á Guanajuato, supo Fernando lo que habia pasado en San Miguel el Grande, precisamente con el regimiento á que iba destinado.

Aunque sintió impulsos de adherirse á una causa que le no repugnaba, pensó sin embargo con esa nobleza peculiar á su carácter, que debia volver á México para presentarse al virey Venegas por intermedio de su tío el brigadier, á fin de que él dispusiese lo que debia hacer.

Ejecutólo así, y el virey que por cierto como ya sabemos andaba en estos tiempos algo escaso de buenos oficiales, le aceptó gustoso en su guardia particular de palacio.

El joven fué á ocupar su nuevo empleo.

Con respecto á su moral diremos, que el dolor de Fernando como era muy natural que sucediese, algo se iba mitigando por las impresiones nuevas y sobre todo por el tiempo, ese médico del corazón, que alivia las enfermedades que mas incurable y que mas espantosas parecían, ese único refugio á que deben volverse los desgraciados.

Los primeros dias pensó en Clemencia y solo en Clemencia; pero ya no lloró y casi no sufrió, poco á poco el recuerdo de este amor se fué convirtiendo en una especie de melancolía tierna que solo ocupaba el corazón en las altas horas de la noche ó en los momentos de calma física durante el dia. Le pareció llevadera, si no feliz, la vida pasada lejos de ella, con la esperanza alhagadora de volverla á ver y el estruendo del servicio y los preparativos de guerra que se hacían en la asustada capital para combatir á Hidalgo en el valle de Toluca, acabaron de dominar y cubrir casi completamente las voces interiores de su alma.

Porque ya lo hemos dicho, así es el corazón humano.

Y no puede ser de otra manera.

¿Qué sucedería si el tiempo no disipase todos los grandes afectos de la vida, como los grandes pesares ó las grandes alegrías?

¿Quién, decidme, ha podido creer que podría sobrevivir un solo instante á su adorada madre ó á otro de los seres amados de nuestro corazón?

Y sin embargo, muere esa madre y se sufre mucho, mucho mas que con la muerte, y la vida durante algun tiempo es un verdadero castigo; pero el viento del olvido seca al fin las lágrimas, la desesperacion se convierte primero en sufrimiento, despues en conformidad y despues en una memoria melancólica, pero tan vaga, tan vaga, como ese humo lejano que al caer la tarde se suspende sobre la cabaña de los campesinos, para confundirse al cabo de un momento en el ancho espacio; la vida vuelve á tener dulzuras para volver á tener amarguras.

Decidme, ¿cuántas veces os habeis desprendido llorando á rios de unos amantes brazos, jurando no olvidar nunca?

Tantas cuantas habeis olvidado.

Ademas, los males de amor tienen un consuelo que Dios les ha concedido.

La inconstancia.

Y si no, decidme, ¿cuántos amores habeis alimentado en el corto espacio de algunos años, creyendo ser el único verdadero que habiais sentido?

No, la causa de esto no está en las inclinaciones del hombre, está en su naturaleza y es una de las infinitas pruebas de lo admirable de la Providencia.

Es uno de los muchos consuelos que el cielo nos ha dado.

Todo esto lo hemos dicho para disculpar á ese jóven Fernando.

Hasta que hubo concluido todos sus arreglos, no pensó en escribir á Clemencia y á don Estévan; es verdad que la carta de la primera respiraba todo el fuego apasionado que en el momento de escribir sentia por sus recuerdos, y las letras estaban medio borradas por las lágrimas que el dolor que la ausencia le arancaba.

Pero despues de escribir se sintió aliviado y esperimentó esa satisfaccion que se experimenta cuando hemos ejecutado una cosa que el deber ordenaba, cuando hemos concluido, por decirlo así, un negocio que se debia hacer; es decir, no fué lo mismo que sintió despues de haber escrito el primer billete de la posada.

Demos todavia otra disculpa al olvido del jóven.

¿Sabeis lo qué es México?

México es un abismo que puede muy bien con su deslumbra- miento y sus placeres, hacer desaparecer todas las ilusiones que un jóven traiga de su suelo natal.

¡México! palabra mágica que se escucha en provincia, como eco de placer, tendiendo hácia ella los anhelantes brazos y cerrando los ojos.

Palabra que nos hace dejar nuestro apacible pueblo natal y las dulzuras santas del hogar doméstico para atravesar delirantes el espacio que de ella nos separa; porque en México están la gloria, el amor, los placeres.

¡Como si la gloria no se comprase con lágrimas de sangre! ¡como si del amor no nacieran los desengaños! ¡como si los placeres no dejasen el cansancio y la fatiga en el corazon!

¿Cuántas veces en medio de los aplausos de la fama ó del estruendo de los placeres, hemos suspirado llorando por nuestro país natal, arrepintiéndonos de haberle abandonado!

Pero sin embargo, el que ha penetrado una vez en un palacio, no puede volver sin suspirar á su cabaña, por mas que en ese palacio esté la humillacion y en esa cabaña la igualdad.

¿Cómo abandonar á ese México física, con sus magníficos edificios, sus teatros, su romancesco castillo de Chapultepec que semejante á un anciano consentidor, se rie de las locuras de su hermosa hija, ó como un testigo mudo, va consignando lentamente en la página de los siglos, la historia de sus errores políticos? gigante que lo mismo que escuchó los dulces cantares de las queridas de Moctezuma, el indio emperador, presenció impasible la pompa de los vireyes, vió desfilar un dia un ejército que victoreaba á Iturbide y á la América, escuchó mil veces el gemido del bronce fratricida y ¡ay! un aciago dia de castigo y expiacion, se vió rodeado de hombres que elevaban triunfantes un pendon extranjero?

¿Cómo abandonarla con sus lagos color de cielo, con su opulenta catedral, con sus pueblecitos de San Angel, Mixcoac y Tacubaya, que semejan ramos de flores que la caprichosa beldad ha dejado caer á sus piés para que la perfumen, con su calzada de la *Viga* tan impregnada de poesia popular?

¿Cómo abandonar á México la moral con sus estrepitosos pla-

ceres de carnaval, con sus bailes de *posadas*, con sus mujeres si-  
renas que adormecen cuando cantan, que tienen tan leves las  
plantas que ni huellas dejan al pasar, con sus distinciones polí-  
ticas, científicas ó literarias?

Pero dejemos tan larga digresion, que solo ha servido para  
disculpar el olvido de Fernando.

Al cabo de un año, en el corazon del jóven entraba Clemen-  
cia como un dulce y querido recuerdo de juventud nada mas;  
acaso como una mujer que debia ser su esposa algun dia para  
cumplir su compromiso de corazon; ¿pero cuando llegaria ese  
dia? ¡quién sabe! como un leve remordimiento que se procura  
acallar con la resolucion de ejecutar una reparacion y de justifi-  
car su actual conducta con esa satisfaccion que se cree dar á las  
mujeres aceptándolas por esposas, por mas que se las haya ul-  
trajado: algunas veces como una amarga tristeza y un deseo pa-  
sajero de volverla á ver para demandarle perdon por un olvido  
tan criminal y al mismo tiempo tan involuntario.

En un año, solo habia escrito cuatro cartas, incluidas en las  
que enviaba á don Estévan, para contestar á un número triple lo  
menos, que la pobre niña habia escrito vaciando en ellas todo  
su corazon.

Pero para que podamos comprender el estado del corazon del  
jóven, buenó es que tomemos el hilo de los sucesos presentes.

Deciamos que es una tarde de Octubre de 1812.

Con respecto á Hidalgo ya se sabe lo que ha sucedido.

Fué hecho prisionero en las *Norias del Bayán*, conducido á  
Chihuahua, insultado, escarnecido y condenado á ser degrada-  
do, fusilado por la espalda procurando conservar la cabeza para  
esponerla en una escarpia en Guanajuato, á la pública especta-  
cion para *escarmiento de traidores*.

Pero de su tumba se levantaron millares de guerreros, que  
ahora acaudillan Morelos, Rayon y otros muchos, casi toda la  
Nueva-España está ocupada por ellos y ya han pasado dos años  
de una lucha sorda, tenaz, sin tregua, que solo debe terminar ya  
con la independenciam del país.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

XVII

CALLE 1025 MONTERREY, MÉXICO

LA NOVELA.

Aquella noche daba la corte al virey Venegas un magnífico  
baile, para solemnizar una derrota dada á los rebeldes por las  
tropas españolas, hácia el rumbo del *Bajío*.

¡Bendita mision la de los cortesanos, de levantar orgías sobre  
ruinas, de brindar al derramamiento de la sangre del pueblo.

Este debia tener lugar en la suntuosa morada del conde de....  
en la calle de don Juan Manuel.

Fernando debia acompañar al virey, y aun no eran las ocho  
de la noche, cuando ya el jóven estaba lujosamente ataviado y  
se paseaba con impaciencia esperando las diez, que era la hora  
á que el virey debia de salir de palacio, en una habitacion de su  
morada situada en la calle hoy llamada del *Indio triste*; pues  
su tío el brigadier habitaba en palacio.

Hacia seis meses que el amor de una hermosa cortesana traia  
delirante y distraido al jóven, y comprenderemos su impacien-  
cia cuando sepamos que esa cortesana debia asistir al baile.

A las diez se presentó en el baile el virey.